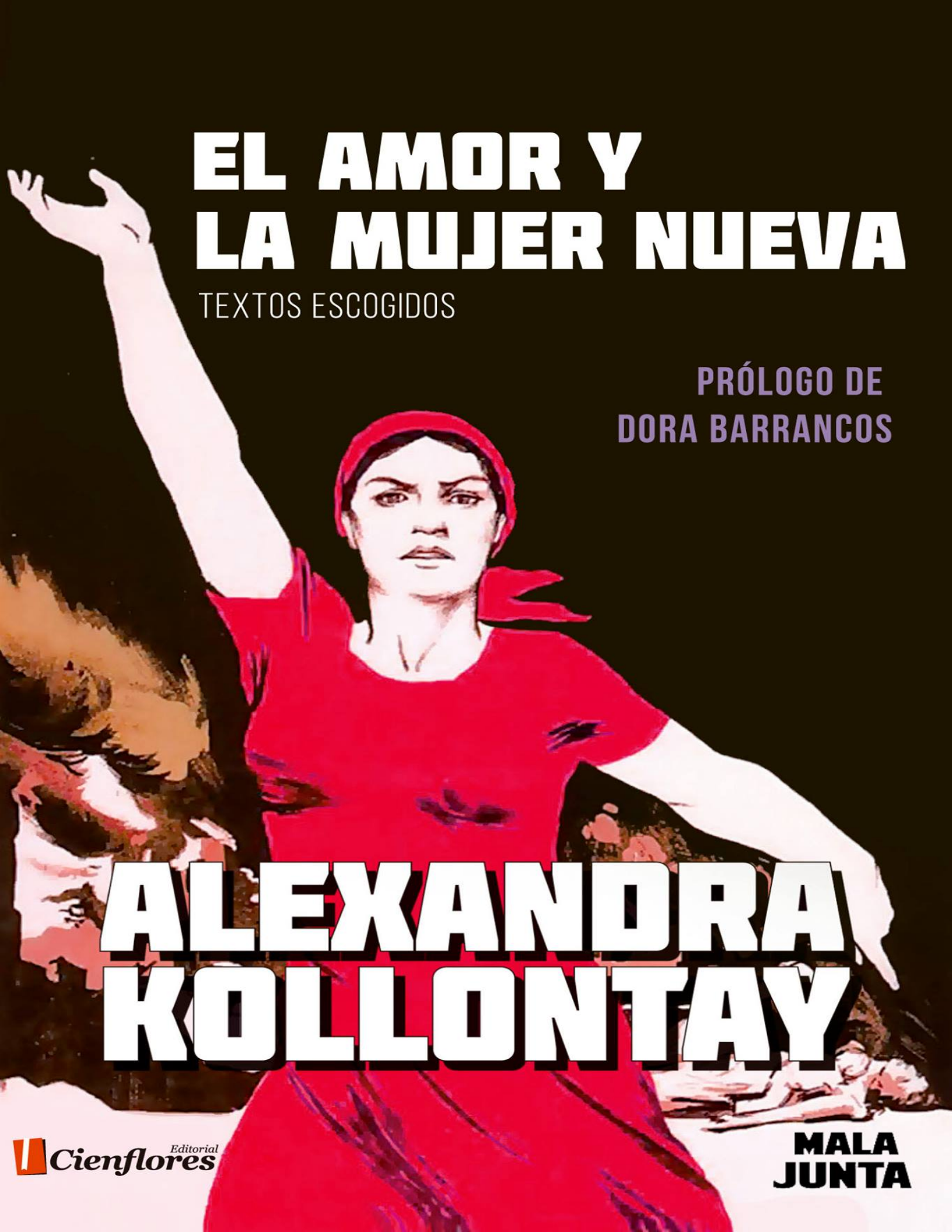
EL AMOR Y LA MUJER NUEVA

TEXTOS ESCOGIDOS

PRÓLOGO DE DORA BARRANCOS



ALEXANDRA KOLLONTAY

Editorial Cienflores

MALA JUNTA

EL AMOR Y LA MUJER NUEVA.

Textos escogidos

ALEXANDRA KOLLONTAY

MALA JUNTA

Editorial Cienflores

Deza, Soledad
Libertad para Belén : grito nacional / Soledad Deza. - 1a ed . - Ituzaingó : Cienflores , 2020.
Libro digital, EPUB - (Biblioteca 8 de Marzo ; 5)
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-4039-36-1
1. Derechos de la Mujer. 2. Violencia de Género. I. Título.
CDD 305.42

© Alexandra Kollontay
© de esta edición en español, Editorial Cienflores, 2017.
Todos los derechos reservados.

Lavalle 252 (1714) - Ituzaingó
Pcia. de Buenos Aires - República Argentina
Tel: 2063-7822 / 11 6534 4020
Contacto:

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
Director editorial: Maximiliano Thibaut
Diseño y diagramación: Soledad De Battista
Imagen de portada: Cartel soviético, Nina Vatolina, 1941:
“Fascismo, el peor enemigo de las mujeres. ¡Todo el mundo a la lucha contra el fascismo!”

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de archivo y recuperación de información, sin el previo permiso por escrito de los editores.

ÍNDICE

A MODO DE PRÓLOGO

Alexandra Kollontay es una expresión de la Rusia de su época en donde no era demasiado corriente que una muchacha de ascendencia aristocrática se determinara, desafiante, en la elección de marido y de adhesión a la causa de la transformación social radical. Las convulsiones de la segunda mitad del XIX periodo en el que nació nuestra autora fueron demasiado estremecedoras como para evitar que hasta segmentos de la propia nobleza abrazaran la causa de los relegados del opresor régimen zarista. No pocos individuos de procedencia aristocrática sacudieron su conciencia frente a la brutal segregación social, a la pobreza del proletariado, a las formas esclavas dominantes entre los propietarios de la tierra que soterraban a las poblaciones campesinas. Y también cuestionaran la moral y las costumbres de aquella sociedad que forcejeaba entre las formulaciones antiguas y las nuevas en el estrépito de clases que iba produciendo el desarrollo capitalista. Basta la muestra exigua de Kropotkine, cuyo padre era príncipe y emparentado con la familia del zar, de Herzen hijo de un poderoso terrateniente, de Ogariev que tenía el mismo origen, de Tkachov, cuya familia pertenecía a la aristocracia terrateniente aunque de menor porte. Cualquiera fueran las disrupciones que se producían en la sociedad rusa, no hay cómo dudar del dominante ambiente sojuzgador de las mujeres, tal como ocurría en todas las sociedades. Aunque Alexandra Domontóvich descendiente de la aristocracia era una adolescente pues nació en 1872, el feminismo ya se había entrañado en Estados Unidos de América, en Europa y también había grupos de agitación en las regiones del este europeo y en la propia Rusia. Las mujeres habían sido colocadas en el subsuelo jurídico de la inferioridad bajo la tutoría del marido en verdad tenían menos derechos que los menores de edad, se les confirió el sagrado mandato de la reproducción y el cuidado del marido y la prole, se les negaron los derechos de ciudadanía y en general se la apartó del régimen de lo público. La condición de su existencia se asimilaba a la esclavitud, situación que en Rusia y no sólo allí sino donde prevalecían las formas terratenientes “feudales” con la fuerza de trabajo campesina, significó que entre las mujeres letradas, generalmente burguesas o de ascendencia aristocrática, tales como Alejandra Kornilova, Sophia Perovskay y Rosalie Jakesburgar para citar sólo a un puñado de esas rebeldes hubiera manifestaciones de insurgencia feminista. Era concordante la condición

femenina con la de los esclavos. Muy probablemente el trazado de estas feministas fuera de apego inescindible a la cuestión social, tal como ocurrió con la propia Alexandra Kollontay. Basta recordar el antecedente de las huelgas obreras rusas de 1875 en el que participaron mujeres que no eran obreras y que fueron apresadas y condenadas con las propias trabajadoras, tal como decía el periodista Kravinsky señalando los cambios, "…Ahora un público asombrado mira las caras radiantes de estas jóvenes mujeres que con sus sonrisas dulces como las de un niño, se dirigían hacia un camino sin retorno, sin esperanza, hacia la prisión central, hacia largos años de trabajo forzoso. La gente se decía: 'Regresamos a la época de los primeros cristianos, empieza a existir una nueva fuerza'."

La configuración de los feminismos rusos tuvo mucho que ver con los propios contextos políticos, y hasta las grandes divisiones suscitadas a inicios del siglo XX, dominaron las propuestas de identificación con las mujeres de los sectores sociales sumergidos. En términos de Karen Offen[1], hubo una dominancia de patrones "relacionales" según los cuales la liberación femenina no era separable de la causa emancipatoria de las clases trabajadoras. Pero hacia 1905 las feministas rusas, a propósito del sacudón revolucionario, dividieron claramente las posiciones. Se irguió con particular fuerza una renovación del movimiento que emulaba las consideraciones de la conquista de derechos sobre la base de la especificidad de la condición femenina. Más allá de las diferencias que podían separar a las adherentes de este reencauzamiento feminista sobre todo en materia de metodología de la acción, en Rusia surgió con vigor la tendencia que reclamaba independencia de la acción reivindicativa y reclamaba por la emancipación de las mujeres en todas las clases sociales. Entre esos movimientos estaba la *Liga por la Igualdad de las Mujeres*, y hasta un Partido de las Mujeres Progresistas. Alexandra Kollontay se había casado con su primo de este apellido, para disgusto de sus padres que querían un partido "interesante" como era moneda corriente, y con quien tuvo un hijo se ubicó en la vereda de enfrente y asoció de modo imperturbable la liberación de las mujeres a las condiciones de posibilidad de liberación de las clases trabajadores de la opresión capitalista.

Los textos que siguen expresan claramente su punto de vista que suena enfático y contundente, aunque tal vez matizó un tanto en los años de madurez al contacto con las sociedades nórdicas en donde las feministas de esa región,

con menguadas contemplaciones de clase, argumentaban acerca de la subalternancia de las mujeres. Se pueden leer en estos textos parte de las primeras producciones de la autora y también su autobiografía que llega hasta poco más de mediados de la década de 1920. Lamentablemente su promesa de continuarla no se cumplió, de lo contrario podíamos habernos asomado a las difíciles circunstancias que la acompañaron durante los años de la Segunda Guerra y la fase de climax del estalinismo con el que no comulgaba.

Las principales nociones del feminismo de Kollontay podrían así sintetizarse: a) Las mujeres no han sido forjadas a su condición secundaria por la Naturaleza sino por las condiciones sociales; b) el capitalismo es el responsable por el sometimiento de ambos sexos; c) la liberación de las mujeres sólo puede asegurarse con la modificación radical del sistema capitalista; d) la clase obrera está siempre más cerca de la liberación de las mujeres debido a su ínsita posición de “compañerismo” y de “solidaridad esencial”.

Cuando Kollontay aborda la “grave cuestión sexual” de su tiempo, y debe entenderse como tal los problemas relacionados con las separaciones matrimoniales y especialmente con el adulterio, una facultad franqueada para los varones, subraya lo morigerado de la crisis entre los trabajadores. Su entrañable identificación con la clase la lleva a sostener la mejor correspondencia que existe entre esta y los auténticos principios de la moral, sobre todo cuando se trata de la familia. Dedica anatemas a las consagraciones facilistas de las “feministas burguesas” que critican la institución del matrimonio legal desde la perspectiva de la “unión o el amor libre” pero en verdad era un reclamo caro a las anarquistas, que tampoco comulgaban con las “feministas burguesas”. No puede sustraerse la interpretación de estos textos tempranos de Kollontay del momento histórico que los forjaron. Su desconfianza en el feminismo de las “progresistas burguesas” arraiga en su oposición radical a cualquier iniciativa atribuible a la dominación capitalista.

Desde mi perspectiva, Kollontay aumenta la proyección de su ejemplaridad a propósito de la actuación que le cupo como Comisaría del Pueblo durante unos meses, en el transcurso de 1918, cuando ya se había impuesto la Revolución. En ese cargo que constituye la primera experiencia pública moderna en manos de una mujer y del que fue rápidamente separada por las oposiciones que suscitaba, llevó adelante reformas fundamentales para las congéneres. Su preocupación con el estatuto de la maternidad la coloca en una situación

aventajada, pues en relación a esta crucialidad de “destino” según el fórceps epocal su intervención fue relevante. En su autobiografía se demora especialmente en esa saga. Ella había escrito un voluminoso análisis dedicado a la maternidad en el transcurso de su exilio alemán, pero debemos lamentar que no haya sido traducido. Sus preocupaciones con la condición del maternaje se basan en una interpretación más audaz que refiere menos a las obligaciones que a las limitaciones. Fue aguda en la percepción del significado de hacerse cargo de la crianza de la descendencia, especialmente para las proletarias. Había en ello también una referencia propia, una resonancia de las enormes dificultades que vivió, obligada a largas separaciones de su pequeño hijo.

Alexandra Kollontay estuvo entre las socialistas pacifistas como ocurrió con la enorme mayoría de las líderes de la socialdemocracia alemana y debe recordarse que se encontraba en Alemania hacia 1914, entre las que destellan Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo, Luise Saumoneau[2]. Esto significó desacuerdos profundos con la mayoría de los varones, de modo subrayado con quienes votaron los créditos de guerra aunque eran socialistas. Estas posiciones, más el ingrediente de sus amonestaciones a la hipocresía de la moral masculina burguesa, y sus conflictos con la fórmula feminista que creía equivoca y egoísta de la conquista de derechos, sin estrecha colaboración con las clases trabajadoras, tejieron difíciles conflictos para nuestra mujer. Se sobrepuso a los ataques aunque algunos fueron especialmente duros, pero debe concluirse que estuvo del otro lado de la heroína. Fue un ejemplar de estirpe femenina, rebelde y resiliente.

Dora Barrancos

1 Karen Offen, “Definir el feminismo. Un análisis histórico comparativo”, *Revista Historia Social*, 1991, nº9 p 103136

2 Dora Barrancos, “Feminismos entre la guerra y la paz”, *Revista La Aljaba*, Vol, XX, 21016 p 1933

LAS LLAVES DEL AMOR EN KOLLONTAY

Hay un antes y un después de los aportes, escasamente valorados, de Alexandra Kollontay en cuanto a muchos aspectos referidos a la emancipación de la mujer. Hay un antes y un después adormecido en la injusticia de la historia patriarcal, vedado por generaciones enteras en las sombras de un relato sin su potencia real. Alexandra fue una revolucionaria de su época y también es figura de la nuestra, porque a 100 años de distancia la actualidad de su pensamiento y su obra son herramientas útiles para la construcción del feminismo popular.

La riqueza de su producción posee múltiples aristas, y una de ellas es la referida al “enigma del amor” y su perspectiva ligada al desarrollo histórico. Alexandra nos dirá con mucha lucidez que a lo largo del tiempo la humanidad ha intentado diversas formas de resolverlo y que las “llaves” para acceder a él dependen de la época, de la clase y del espíritu del tiempo, o lo que podemos llamar la cultura.

El amor en Kollontay no tiene una ligazón estricta con los determinantes sexuales, instintivos, biológicos

o naturales, sino que es situado como un factor psicosocial. Valorar esta ruptura de sentido y su ubicación a partir del registro histórico, nos lleva a la evidencia de la construcción de un fenómeno usualmente emparentado a lo natural y en particular a la naturaleza de la condición femenina. En esta apuesta por situar el amor a partir de una perspectiva histórica, Alexandra nos aporta elementos centrales para la interpretación y elucidación de cuánto y cómo, desde la ideología y moral burguesas, se ha construido el amor en tanto pasión ciega, absorbente, exigente, anclada en un sentimiento de propiedad espejando los valores capitalistas que producen subjetividad.

Comprender que el amor no es un asunto personal e individual, permite reflexionar meramente sobre los efectos disciplinadores de su alineamiento bajo una cultura que construye desde el romanticismo la exclusividad y habilita la violencia. Kollontay le reprocha al sistema la producción de deseo egoísta, de el “apropiarse” para siempre del ser amado, y las consecuencias desiguales de

este esquema en tanto fortalece la arrogancia masculina mientras en la mujer opera una “monstruosa renuncia de sí misma”.

Alexandra puso bajo sospecha la construcción hegemónica del amor, considerándolo un fenómeno histórico, psicosocial y proponiendo que el proletariado no deje “de prestar atención al papel psicosocial del amor”, entendiendo el rol amplio de este fenómeno más allá de las relaciones sexuales, es decir, en la posibilidad del reforzamiento de los lazos, no solo conyugales o familiares, sino como fuerza para el desarrollo de una solidaridad colectiva universal.

De esta manera la autora consolida una propuesta basada en la igualdad recíproca, en el reconocimiento de los derechos del otro/a, rompiendo con la pretensión de poseer y promoviendo el amor como camaradería, desarrollando de manera más amplia y amorosa las aptitudes de escucha y comprensión de lo anímico, tradicionalmente restringidas a las características “femeninas”.

En esta clave de camaradería y unidad es que Alexandra cifra la realización posible de una sociedad nueva, con “hilos tendidos de alma a alma, de corazón a corazón, de espíritu a espíritu”. Es en la interacción de la esfera emocional y material que el amor podrá tener un lugar privilegiado, en tanto sentimiento colectivo, potenciador de lazos sociales.

Si bien parte de lo que plantea Alexandra en este y otros de sus aportes fue luego desarrollado y hasta superado como parte del despliegue del movimiento revolucionario en el siglo XX, así como por reflexiones contemporáneas del feminismo, las llaves del amor en sus escritos nos permiten repensar la continuidad y sentido histórico de su construcción en nuestra época, signada por valores que no son tan diametralmente opuestos o distantes con aquellos que predominaban en la Rusia de hace un siglo, como la individualidad y encorsetamiento del sentimiento amoroso, su carácter privado y exclusivo entre las personas.

En las condiciones de posibilidad que nos abre el feminismo para dar batallas culturales y en la necesidad de ponerlas al servicio de un proyecto emancipatorio estratégico, es que los aportes de Alexandra suman en calidad a los procesos de mayor concientización y sensibilización que en la actualidad de nuestra época, en la Argentina del *Ni Una menos*, se encuentran en marcha a partir de emergencias sociales, políticas, culturales y subjetivas.

El amor como factor construido en una trama o en otra posee distintos

significados y sobre todas las cosas, funcionalidades que es necesario deconstruir. Con determinaciones históricas y en tanto fenómeno psicosocial, nos permite politizar y subvertir los vínculos y las construcciones sexoafectivas diseñadas por el patriarcado.

La perspectiva de Alexandra Kollontay añade a otros aportes del feminismo análisis y propuestas, y nos invita a pensarnos en la construcción de cada paso firme por la liberación en la construcción de la mujer nueva, libre de violencias y opresiones; libre del romanticismo y su contracara de amorencierro; y libre a través el amor como fuerza social.

Diana Broggi
Colectiva Feminista Mala Junta en Patria Grande
Octubre 2017

NACE EDICIONES MALA JUNTA

Con enorme orgullo y alegría lanzamos la primera publicación de Ediciones Mala Junta en conjunto con la Editorial Cienflores. Con ella pretendemos iniciar un camino fascinante y lleno de enormes desafíos: que los diversos feminismos hablen en primera persona, a través de la voz, la vida y los debates planteados por sus protagonistas. No conocemos otra manera de avanzar. Porque si bien cada pueblo y cada movimiento escribe siempre páginas nuevas, no lo hace jamás desde cero, sino alimentándose y aprendiendo de sus antecesores, de las batallas libradas y las no libradas, de sus triunfos y también de sus derrotas, de sus fortalezas tanto como de sus debilidades. Y aún más nos enorgullece saber que contribuimos a visibilizar voces y protagonistas desconocidas o poco conocidas producto de una construcción patriarcal de la historia, que ha silenciado a personas y a determinados debates considerados secundarios o poco importantes.

"El amor y la mujer nueva" es una obra que reúne diferentes escritos de Alexandra Kollontay sobre su propia vida, el amor y las relaciones entre los sexos, la mayoría de ellos dispersos en otras obras o en Internet, pero nunca hasta ahora publicados juntos en nuestro país. Lo hacemos en ocasión del centenario de la Revolución Rusa, y también con la convicción de que serán de enorme interés para abordar debates actuales.

Los desafíos de una revolución que quería cambiarlo todo

Hace 100 años, y luego de un largo proceso, el pueblo ruso era protagonista de una revolución que cambiaría la historia del siglo XX. Por primera vez, y en un país considerado como el más débil y atrasado de Europa, las clases oprimidas y explotadas se levantaban contra la miseria, la guerra y la dominación zarista, derrumbaban el poder, lo tomaban en sus manos e iniciaban la incierta e inédita senda de la construcción de una nueva sociedad, la comunista.

Son muchos los debates y las jornadas dedicadas a la Revolución Rusa en ocasión de su centenario. Pero pocas las reflexiones que abordan integralmente

el rol que tuvieron las mujeres, el cual va mucho más allá de la clásica visión de haber sido el detonante de las movilizaciones que terminaron con el zarismo. Efectivamente fue clave el protagonismo de las trabajadoras rusas: las peores remuneradas y con las peores condiciones laborales fueron quienes abandonaron sus puestos, iniciaron la huelga y salieron a las calles incitando a todo el pueblo a sumarse. Pero también fueron clave en el laboratorio en el cual se comenzaba a ensayar la nueva sociedad.

Y si de pensar lo nuevo se trata es que llegamos a la figura de Alexandra Kollontay, una protagonista plenamente inmersa en el contexto de la revolución y al mismo tiempo una trasgresora y una adelantada. Adentrarnos en su vida y en su obra nos puede permitir volver sobre ese rico proceso para mirarlo con otros lentes y, fundamentalmente, adentrarnos en cuestiones nodales absolutamente vigentes a la hora de pensar la transformación social que sigue siendo no sólo necesaria sino urgente. ¿Cómo se construye una nueva sociedad?, ¿de qué manera puede terminarse con las pesadas cadenas de la opresión?, ¿basta con decretar el fin de la opresión?, ¿basta con dictar nuevas leyes, códigos y políticas públicas para terminar con el patriarcado?, ¿cómo se cambian las relaciones amorosas?, ¿cómo se transforma la psicología de un pueblo?, ¿puede decretarse el final de la familia monogámica e impulsar el amor libre? Kollontay esbozó muchas puntas para retomar y profundizar.

Alexandra Kollontay: socialista, feminista y pionera extraordinaria

El pensamiento de Alexandra Kollontay es expresión de una determinada época histórica, social y política. Como marxista estaba convencida de que ningún cambio radical sería posible sin transformaciones materiales estructurales; y como buena exponente del bolchevismo defendía fuertemente que la revolución debía liberar a las mujeres de sus pesadas cadenas. No obstante, consideraba al desafío de una manera mucho más rica y compleja, incorporando elementos y problemáticas nuevas que tanto el marxismo tradicional como los bolcheviques no tuvieron en cuenta o, como mínimo, subestimaron. Como afirma la feminista española Ana de Miguel Álvarez, nuestra protagonista no se limitó simplemente a incluir a las mujeres en la revolución: desarrolló qué tipo de revolución necesitaban las mujeres y qué cambios implicaba todo ello tanto para la sociedad en su conjunto como para

los varones. Para ella, la abolición de la propiedad privada, la socialización de los cuidados y de las tareas domésticas, y la incorporación al mercado laboral eran condiciones necesarias, pero no suficientes: la revolución que liberaría a las mujeres debía ser también una revolución psicológica profunda, revolución de las relaciones entre los sexos, de las costumbres y de la vida cotidiana. Categórica, afirmó una y otra vez, también ante la resistencia que provocaban sus aseveraciones entre sus propios compañeros, que prorrogar estas cuestiones en nombre de lo urgente no haría más que, en definitiva, prorrogar la revolución. Increíblemente, no sólo innovó al interior del marxismo: se adelantó a los debates del feminismo radical de los ´60.

Y quizá lo más significativo de su discurso sea haber recreado la idea marxista de que para construir un mundo mejor, además de cambiar la economía, tenía que surgir el hombre nuevo. De esta manera, promoviendo derechos fundamentales como el amor libre, la igualdad salarial, la legalización del aborto y el divorcio, planteó la necesidad de una mujer nueva que, además de ser independiente económicamente, debía serlo también psicológica y sentimentalmente.

De esta manera, y sólo con esta breve introducción, es que invitamos a adentrarse en cada uno de los escritos, porque ellos hablan por sí solos estimulando seguramente nuevos interrogantes y reflexiones.

Agradecemos a la Editorial Cienflores, especialmente a Maximiliano Thibaut, la oportunidad de empezar a hacer realidad nuestro sueño editorial, la paciencia y el apoyo fraternal. Y también queremos agradecer a Dora Barrancos por la gentileza de haber aceptado enriquecer nuestro lanzamiento con su prólogo, un gran lujo que nos damos como comienzo.

Deseamos fervientemente que este libro pueda ser un pequeño pero importante aporte para la acción y el pensamiento de todas aquellas disidencias, varones y mujeres nuevas, sumamente necesarios, en palabras de Kollontay, para la conquista de la sociedad futura, la cual será tal en la medida que sea capaz de establecer relaciones sexuales más sanas que hagan más feliz a la humanidad.

María Paula García Ferrelli
Colectiva Feminista Mala Junta en Patria Grande
Octubre 2017

LAS BASES SOCIALES DE LA CUESTIÓN FEMENINA (1909)

(EXTRACTOS)

El matrimonio y el problema de la familia

La forma actual de la familia no es definitiva.
Una sociedad nueva creará una nueva forma de familia.

Karl Kaustky: *Comentarios sobre el programa de Erfurt.*

Pasemos al examen de otro aspecto de la cuestión femenina, el problema de la familia. ¿Resulta necesario decir la importancia que adquiere en nuestros días, de cara a la emancipación real de la mujer, la resolución de este problema ardiente y complejo? Es de cajón que la aspiración de las mujeres a la igualdad de derechos no puede verse plenamente satisfecha mediante la lucha por la emancipación política, la obtención de un doctorado u otros grados científicos, o un salario igual para un trabajo igual. Para llegar a ser verdaderamente libre, la mujer debe desprenderse de las cadenas que le arroja encima la forma actual, trasnochada y opresiva, de la familia. Para la mujer, la solución del problema familiar no es menos importante que la conquista de la igualdad política y el establecimiento de su plena independencia económica.

Las formas actuales, establecidas por la ley y la costumbre, de la estructura familiar hacen que la mujer sufra no sólo en cuanto ser humano, sino también como esposa y como madre. En la mayor parte de los países civilizados, el código civil coloca a la mujer en una situación de mayor o menor dependencia de cara al hombre, y concede al marido, además del derecho de disponer de los bienes de

su mujer, el de reinar sobre ella moral y físicamente. Basta con traer a colación el código civil francés, según el cual la mujer pierde, desde el día en que firma el contrato matrimonial, toda capacidad civil. Sus bienes pasan a la administración del marido; ella no puede ya llevar a cabo ningún acto jurídico sin el consentimiento de su marido; incluso el alquiler de la vivienda exige el visto bueno del "dueño y señor"; las leyes más severas protegen el carácter sagrado del hogar familiar, sancionando así completamente una doble moral: el adulterio del marido y ello incluso en condiciones particulares es castigado por la ley con una simple multa, en tanto que, para la mujer, el hecho de infringir la fidelidad conyugal se prevén dos años de cárcel. Sobre la mujer soltera pesa el poder paterno, si bien no casándose puede permanecer algo más libre e independiente. En revancha, las leyes francesas vigilan su "virginidad" y castigan duramente a la madre soltera, en el sentido de que únicamente sobre ella caen las consecuencias del concubinato; es sabido que, según el artículo 350 del código civil francés, "la investigación de la paternidad está prohibida".

Aunque en otros países las leyes son menos severas en lo referente a la mujer, no dejan de afirmar, en grado más o menos acentuado, el principio de la subordinación legal de la mujer a su esposo y señor.

Entre nosotros, en Rusia, las mujeres casadas no pueden contratar un préstamo sin el consentimiento de su marido. De la misma forma, las letras de cambio que hubiesen podido firmar por su propia cuenta son declaradas nulas. Según nuestras leyes, la mujer debe obediencia al marido, y el poder de éste se coloca por encima del de los padres. La mujer tiene también el deber de compartir la vivienda de su esposo, y aún muy recientemente él podía hacer regresar *manu militari* a la "esposa insumisa" que hubiera pretendido escapar, presentándola como un ser odioso e

incluso a veces absolutamente abominable...

Y allí donde acaba la esclavitud familiar oficial, legalizada, empieza la llamada "opinión pública" a ejercer sus derechos de cara a la mujer. Esta opinión pública es creada y mantenida por la burguesía a fin de proteger la "institución sagrada de la propiedad". Sirve para reafirmar una hipócrita "doble moral". La sociedad burguesa encierra a la mujer en un intolerable cepo económico, pagándole un salario ridículo por su trabajo; le priva del derecho que posee todo ciudadano de alzar la voz para defender sus intereses pisoteados, y tiene la inmensa bondad de ofrecerle esta alternativa: o bien el yugo conyugal, o bien las asfixias de la prostitución, abiertamente menospreciada y condenada, pero secretamente apoyada y sostenida.

¿Será preciso insistir acerca de los sombríos aspectos de la vida conyugal de hoy, acerca de los sufrimientos de la mujer que se ligan estrechamente a las actuales estructuras familiares? Ya hemos hablado bastante de ello más arriba. La literatura está llena de negros cuadros que pintan nuestro desorden conyugal y familiar. En este campo, ¡cuántas tragedias psicológicas, cuántas vidas mutiladas. cuántas existencias envenenadas! Por ahora, sólo nos importa resaltar que la estructura actual de la familia oprime a las mujeres de todas las clases y condiciones sociales. Las costumbres y las tradiciones persiguen a la madre soltera de idéntico modo, cualquiera que sea el sector de la población a que pertenezca; las leyes colocan bajo la tutela del marido tanto a la burguesa como a la proletaria y a la campesina.

¿No será éste, pues, a fin de cuentas, un punto de la cuestión femenina en el cual las mujeres de todas las clases pueden de hecho tenderse la mano y luchar juntas contra las condiciones de su esclavitud? ¿Acaso los sufrimientos comunes, el común dolor borran el abismo del antagonismo de clases y crean una comunidad de aspiraciones y de

tareas para las mujeres de diferentes planos? ¿Acaso es realizable, en cuanto a los deseos y fines comunes, una colaboración de burguesas y proletarias? Después de todo, las feministas burguesas luchan a la vez por conseguir formas más libres de matrimonio y por el "derecho a la maternidad" levantan su voz en defensa de la prostituta a la que todo el mundo acosa. Observemos cómo la literatura feminista es rica en búsquedas de nuevos estilos de unión del hombre y la mujer y de audaces esfuerzos encaminados a la "igualdad moral" de los sexos. En efecto: si, en el terreno de la liberación económica, las burguesas se sitúan en cola del ejército de millones de proletarias que allanan la senda a la "mujer nueva", ¿no corresponderá la palma, en la lucha para resolver la cuestión familiar, a las militantes feministas?

Aquí en Rusia, las mujeres de la burguesía media es decir, este ejército de mujeres que, poseedoras de una situación independiente, se encontró de golpe, en los años 1860, arrojadas al mercado de trabajo han resuelto en la práctica, a título individual, multitud de embarazosos aspectos de la cuestión matrimonial, saltando valientemente por encima del matrimonio religioso tradicional y reemplazando la forma consolidada de la familia por una unión fácil de romper, que corresponde mejor a las necesidades de una capa intelectual, móvil, de la población. Pero las soluciones individuales, subjetivas, no cambian en absoluto el problema y tampoco embellecen el sombrío retrato de la vida familiar. Si hay algo que puede destruir la forma actual de la familia, no son los esfuerzos titánicos de individuos más o menos fuertes, sino las fuerzas productivas, en apariencia inertes, pero, sin embargo, poderosas, que incansablemente, paso a paso, reconstruyen la vida sobre bases nuevas...

Probemos, pues, ahora a responder a dos interrogantes esenciales: 1) ¿Merced a los esfuerzos de quiénes prole-